

EXCHANGES ÉCHANGES INTERCAMBIOS SCAMBI

Nº 76, 2002/1

* Presentación	1
* Orígenes históricos del compromiso de la Compañía con la Justicia	3
Paschal Mwijage, S.J., África Oriental	
* Pedid la paz para Jerusalén	6
* «Para un tiempo de Justicia» Las Sesiones del Apostolado Social	7
Jean-Noël Audras, S.J., Francia	
* «Dar razones de nuestros propios por qué» Una cultura vocacional jesuítica (continuación)	13
Miguel Cruzado, S.J., Perú	
* Sobre el SIDA en África	16
Joseph Arimoso, S.J., Kenya	
* Una vocación a la ecología y a la Compañía	17
Christoph Albrecht, S.J., Suiza	
* Recensión: <i>Sociedad civil y pobreza</i>	19
Fernando Franco, S.J.	
* Carta abierta a George W. Bush	25

El Secretariado para la Justicia Social de la Curia General de la Compañía de Jesús publica *Promotio Iustitiae* en castellano, francés, inglés e italiano, utilizando papel sin cloro (TCF).

Quien desee recibir *PJ*, puede enviar su dirección postal al Editor (indicando el idioma deseado).

Promotio Iustitiae se publica también electrónicamente en el World Wide Web, en la dirección:

www.sjweb.info/sjs

Si le llama la atención alguna idea de este ejemplar, recibiremos con gusto su breve comentario al respecto. Si desea enviar una carta a *PJ* para su inclusión en un próximo número, utilice, por favor, la dirección, el fax o el correo electrónico indicados en la portada.

Se anima a reproducir los artículos de *PJ*. Rogamos que se cite como fuente a *Promotio Iustitiae*, y que se indique también la dirección. Por favor, envíe una copia al Editor. ¡Gracias!

Michael Czerny, S.J.
Editor

PRESENTACIÓN

Este número de *Promotio Iustitiae* se abre con una buena noticia y una comunicación oficial. El cargo de Secretario para la Justicia Social, que realizo desde comienzos de 1992, pasará pronto al Padre Fernando Franco. El Padre General escribe:

Me es grato anunciar el nombramiento del Padre Fernando Franco (Provincia de Gujarat) para suceder al Padre Michael Czerny (Provincia de Canadá Superior) como quinto Secretario del Apostolado Social de la Compañía de Jesús.

El P. Franco llega a este cargo desde sus ocupaciones como director de investigación del Indian Social Institute de Nueva Delhi desde 1999 y superior de su comunidad jesuita. En 1981 se doctoró en economía en la Universidad de Bombay y posteriormente impartió clases de economía en la Universidad de S. Xavier en Ahmedabad (Gujarat), donde también trabajó más tarde como Rector. En 1982 se incorporó al Behavioural Science Centre de Ahmedabad, ocupándose del diseño y dirección de programas para animadores rurales. Su labor investigadora abarca temas como la pobreza, las castas y las organizaciones rurales. En 1995 participó como delegado electo por la Provincia de Gujarat en la CG 34. Agradezco a la Provincia y a su Provincial la disponibilidad del P. Franco para este nombramiento y su apoyo con ello al mayor bien universal de la Compañía.

Al Padre Czerny manifiesto sincera gratitud en nombre de toda la Compañía por el generoso servicio que ha prestado durante más de diez años, primero ayudando en la preparación de la 34ª Congregación General y después trabajando intensamente en la iniciativa de renovación del apostolado social y la redacción de sus *Características*. El Congreso de Nápoles de 1997 sigue siendo un acontecimiento memorable aún hoy.

Como Secretario para la Justicia Social, el P. Czerny ha promovido una refundación firme y crucial del apostolado social, ofreciendo apoyo y asesoramiento a los coordinadores de toda la Compañía, y ha contribuido a la progresiva realización de la dimensión social de nuestra misión. Ha ayudado a la puesta en marcha de varias redes de justicia social y animado a jesuitas jóvenes interesados en este apostolado, empezando por los tres italianos que han cumplido el magisterio en el Secretariado. Sin descuidar la publicación *Promotio Iustitiae*, incluyendo el aplaudido «*Vivimos en un mundo roto*» sobre ecología, lanzó los boletines electrónicos *Puntos* y *Headlines*.

A él va nuestra gratitud, y al P. Franco nuestra cálida bienvenida a Roma a finales de septiembre. Va a ser Secretario para la Justicia Social en este nuevo milenio marcado por doquier por agudas tensiones sociales y profundos problemas estructurales. Nacido y educado en España, formado y experimentado en la Compañía en la India, con seguridad ayudará a jesuitas y compañeros en el ministerio social en todo el mundo a continuar el proceso de renovación y desarrollo tan bien comenzado. Que Dios bendiga su trabajo, que comenzará oficialmente el 3 de diciembre, fiesta de S. Francisco Javier.

Fraternalmente suyo en Cristo,

Peter-Hans Kolvenbach, S.J.
Prepósito General

Fiesta de la Santísima Virgen María
Madre de la Compañía de Jesús
Roma, 22 de abril 2002

Promotio Iustitiae 76 (2002), 2

Me permito añadir estas líneas más personales al anuncio oficial, y aprovecho para expresar mi agradecimiento a todos los lectores de *Promotio Iustitiae*, quienes incluso desde antes de los días de Internet han formado una comunidad virtual internacional de fe, solidaridad y esperanza. En todo momento ha sido un privilegio (¡y a veces feliz carga!) servirlos como editor.

Mi futuro personal es de momento incierto; de lo que estoy seguro es de que el Señor está preparando la próxima etapa de mi vida en la Compañía, y en Él confío. En estos meses de transición os ruego un recuerdo especial en la oración por Fernando, por todo el equipo del Secretariado Social y por mí. ¡Arrivederci!

Michael Czerny, S.J.
Editor

Orígenes históricos del compromiso de la Compañía con la Justicia¹

Paschal Mwijage, S.J.

Al dirigirse al Congreso Internacional sobre el Apostolado Social de la Compañía de Jesús el 20 de junio de 1997 en Nápoles, el Padre General Peter-Hans Kolvenbach recordó a los asistentes que «Ignacio y los primeros compañeros oyeron el clamor de los pobres muy naturalmente y, huelga decirlo, muy espiritualmente. Para ellos era inconcebible presentarse como compañeros de Jesús sin asumir su amor preferencial por los pobres». Por ejemplo, el Padre Kolvenbach señaló que nuestros tres compañeros

Juan Francisco Régis, José de Anchieta y Pedro Canisio son apóstoles excepcionales y están al mismo tiempo y con toda naturalidad insertados en la condición miserable de los pobres de su tiempo. No lo están sólo por medio de una caridad limosnera que da a izquierda y derecha en contacto directo con la miseria: intervienen a nivel de sociedad, organizando la beneficencia y el trabajo, creando asociaciones para la defensa de los pobres e interviniendo en cuestiones económicas o en discusiones, por ejemplo, sobre el derecho a hacer fructificar un capital².

Vuelta a las fuentes acudiendo a San Ignacio

Una vez fundada la Compañía, Ignacio y sus primeros compañeros trabajaron para proporcionar ayuda material y espiritual a numerosas personas necesitadas, especialmente en Roma. después de su elección a General, Ignacio nunca descuidó las obras de apostolado directo. Incluso cuando sus compañeros abandonaban Roma enviados a diversas misiones por el Papa, para él el campo de apostolado directo seguía en Roma. Cándido de Dalmases apunta que «Apenas puede imaginarse empresa alguna, tanto en el terreno religioso como en el asistencial, en la que no trabajase con celo abnegado»³.

Sin embargo, al acudir a Ignacio y sus primeros compañeros para encontrar los orígenes históricos del compromiso jesuita con la justicia, debemos ir más allá y descubrir que, como ya hemos apuntado, Ignacio y sus compañeros no se insertaban sólo en la desgraciada situación de los pobres de su tiempo, ni tampoco actuaban sólo por la mera bondad de una caridad inspirada por el contacto directo con la miseria de la gente. Estaban también directa o indirectamente involucrados socialmente, empeñando todo su esfuerzo en obtener un trato más justo en nombre de la justicia social para los marginados, los oprimidos y los explotados.

Encontramos testimonios en las obras en las que participaba Ignacio. Por ejemplo, en los tiempos de Ignacio los judíos de Roma se veían injustamente obligados a renunciar a sus bienes y entregarlos al tesoro oficial en el momento de su bautismo, como signo de ruptura total con el pasado. «A los judíos que se convertían se les confiscaban los bienes poseídos anteriormente y sus hijos quedaban desheredados»⁴. «Tal expolio no sólo dificultaba o impedía las conversiones, sino que era un latrocinio legalizado. Ignacio trabajó, interpeló, movió influencias y consiguió

¹ Este breve estudio de los orígenes históricos de nuestro compromiso con la justicia, originalmente publicado en *Jesuits of Eastern Africa* (diciembre 2000) se limita al tiempo de Ignacio y los primeros compañeros.

² Peter-Hans Kolvenbach, S.J., «Un amor pascual por el mundo», *Promotio Iustitiae* 68 (septiembre 1997), 96.

³ Cándido de Dalmases, S.J., *El Padre Maestro Ignacio*, Madrid: La Editorial Católica, 1979, p. 152.

⁴ Dalmases, *Ignacio*, p. 153.

que en marzo de 1542 Paulo III expidiese el Breve *Cupientes Iudaeos* que permitía a los judíos bautizados retener sus pertenencias»⁵. Esta práctica injusta y existente desde hacía mucho tiempo, que ya había sido condenada por los Papas Nicolás III en 1278 y Juan XXII en 1320, se prohibía una vez más. Obviamente, esta nueva medida permitía que los judíos se convirtieran con menor dificultad.

Otra medida adoptada por Ignacio para obtener justicia para los pobres estuvo relacionada con la mendicidad, que había sido prohibida en Roma. Era un azote social en el que se mezclaban necesidad real y estafa. Pero esta prohibición indiscriminada agravó la situación de los pobres de verdad, ya que en aquellos días obviamente no había seguridad social. El resultado fue que pobres, enfermos, ancianos y tullidos llenaban las calles de Roma. Ignacio ayudó a cuantos pudo. Pero para Ignacio, este trabajo de caridad no era suficiente. Fue más allá de las obras de caridad y usó su influencia para conseguir del Papa el Breve *Dudum per Nos* (1542), que moderó la prohibición y creó la Compañía de los Huérfanos, que se hizo cargo de los pobres que estuvieran enfermos o tullidos⁶.

También tenemos constancia de que Ignacio trabajó duro para contener el mal de la prostitución. Las cortesanas eran una clase explotada, mantenida y despreciada en la ciudad de Roma. Ignacio no dirigió solamente su caridad hacia ellas, sino que además luchó por liberarlas como grupo de la injusta estructura que las oprimía y discriminaba. Existían instituciones para ayudarlas. Pero era injusto que tales instituciones sólo admitieran a aquellas que aceptaran pasar el resto de sus vidas como penitentes en una orden religiosa o a aquellas que tuvieran intención de hacer votos. En consecuencia, estas instituciones no hacían frente a todas las necesidades, ya que estaban fundadas principalmente para mujeres solteras. Ignacio fundó el centro de Santa Marta, en el que se admitían no sólo a aquellas mujeres que querían entrar en la vida religiosa como penitentes, sino también a otras, como las que habían sido abandonadas por el marido y las solteras que deseaban contraer matrimonio⁷.

O'Malley nos cuenta que en el siglo XVI había dos categorías de prisioneros en Europa, los deudores y los pendientes de sentencia o ejecución. En la segunda mitad del siglo alrededor de la mitad de los detenidos en Roma eran deudores de las clases más humildes, aunque las clases altas también se endeudaban fuertemente⁸. En Venecia, Roma y otros lugares la lentitud de juicios y sentencias, la ineficacia y la corrupción de los oficiales fue objeto de atención por parte de gobiernos y activistas religiosos. Esta situación explica el carácter de la implicación social de los jesuitas con los prisioneros. No actuaban solamente guiados por la benevolencia, predicando y enseñando el catecismo, oyendo confesiones y trayendo comida o pidiendo limosna, sino que además se implicaban socialmente, tratando de intervenir y liberarlos. Por ejemplo, los esfuerzos de los jesuitas en Italia y España se concentraban en pedir limosna para pagar a los acreedores y así liberar a los deudores, o bien en tratar directamente con los propios acreedores.

A veces estas intervenciones lograron atenuar las penas de algunos delincuentes. En ocasiones se consiguió suspender la pena capital y que el prisionero recobrarla la libertad, como en el caso

⁵ Pedro Arrupe, S.J., *Arrraigados y cimentados en la caridad*, *Acta Romana* 18 (1982), n. 38, p. 450; ver Cándido de Dalmases, S.J. *Ignacio*, p. 153; John W. O'Malley, S.J., *The First Jesuits*, Cambridge/London: Harvard University Press, 1994, pp. 188-92.

⁶ Ver Arrupe, *Arrraigados y cimentados en la caridad*, n. 39, pp. 450-1.

⁷ Ver Arrupe, *Arrraigados y cimentados en la caridad*, n. 40, p. 451; Dalmases, *Ignacio*, pp. 154-5; O'Malley, *The First Jesuits*, pp. 178-85.

⁸ Ver O'Malley, *The First Jesuits*, p. 173.

de una mujer condenada a muerte por adulterio en Valladolid en 1551⁹. Sin embargo, O'Malley reconoce que los jesuitas carecían de proyecto para reformar el sistema, ya que acometer la «reforma penitenciaria» era tan complejo en el siglo XVI como lo es hoy.

Conclusión Provisional

Así, podemos concluir provisionalmente que para Ignacio, la caridad personal no es suficiente. Para él, la caridad tiene una dimensión social que deriva no sólo de la universalidad de la caridad, sino también de la condición humana. De este modo, la fe de Ignacio, informada por la caridad, le llevó a luchar por la justicia para con los judíos oprimidos, los mendigos y las cortesanas. En este sentido, la espiritualidad ignaciana podría describirse como *the performative approach* (una aproximación activa) a la fe¹⁰. La conducta práctica de Ignacio en esta materia del vínculo indisoluble entre fe y caridad tiene un valor decisivo para nosotros jesuitas porque es reflejo de la misión y el objetivo principal de la Compañía hoy: la Compañía debe esforzarse no sólo por su propia salvación y perfección, sino también por la del prójimo, procurando la defensa y propagación de la fe y el progreso de las almas en la vida cristiana (*Fórmula del Instituto*). Lo que ahora nos queda por preguntarnos es a qué se refería Ignacio al señalar como misión principal de la Compañía la defensa y propagación de la fe, cuál es la naturaleza de la fe que Ignacio quería que defendiésemos y propagásemos y qué entendía por promoción de la vida y los principios cristianos.

Pascal Mwijage, S.J.
Hekima College
P.O. Box 21215
Nairobi
KENYA

+254 2 570 972 (fax)
<pmwijage@eudoramail.com>

+++++

⁹ *Ibid.*, p. 174.

¹⁰ Ver Avery Dulles, S.J., «Faith in Relation to Justice», en John C. Haughey, S.J., ed., *The Faith that Does Justice: Examining the Christian Sources for Social Change*, New York /Toronto: Paulist Press, 1977, pp. 32-34.

«Pedid la paz para Jerusalén» (Salmo 122,6)

Mensaje de los religiosos a los responsables de Israel y de Palestina

El amor a esta Tierra y a sus dos pueblos nos impulsa, a los religiosos y religiosas de lengua árabe y hebrea así como extranjeros residentes en Tierra Santa, a dirigirles humildemente esta carta. Vivimos en el interior de la comunidad cristiana local, presente en esta Tierra desde el inicio del cristianismo. Con nuestros hermanos y hermanas en Cristo, queremos seguir la vía de la no violencia que Él nos enseñó y conservamos la esperanza de que la luz triunfará sobre las tinieblas.

Amamos al pueblo hebreo, su historia pluri-milenaria y su fe monoteísta. Él nos ha donado la Biblia y, con ella, la firme convicción de la dignidad única de cada persona humana, creada a imagen de Dios. Rechazamos toda forma de antisemitismo.

Amamos a nuestros hermanos musulmanes, que adoran al Dios único, omnipotente y misericordioso, y que se refieren frecuentemente a Abrahán, nuestro padre en la fe. Juntos tratamos de entrar en diálogo respetuoso con todos los hijos de Abrahán.

Tratamos de traducir concretamente nuestro amor a ambos pueblos de esta Tierra y nuestra solidaridad con las Iglesias locales a través de nuestras instituciones sociales, médicas, educativas y caritativas. Nuestro objetivo es constituir un puente entre ellos para promover la justicia, la paz y la reconciliación. La oración continua por la paz y el bienestar de todos ocupa un puesto central en nuestra vocación religiosa.

A causa de los lazos, antiguos y fuertes, que unen a estos dos pueblos a la misma Tierra, nosotros no vemos otra solución que el compartirla y colaborar. Por amor de Israel y de Palestina unimos nuestras voces a las del mundo entero que grita: ¡Detened esta guerra!. Es un grito de amor lo que nos impulsa. La violencia no detendrá la violencia. Sólo la paz puede donar seguridad a todos.

No hay paz sin justicia; no hay reconciliación sin perdón recíproco. El Papa Juan Pablo II lo recordó en su Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz al inicio de este año. Los sufrimientos atroces que esta Tierra y sus habitantes han conocido nos recuerdan la urgencia de construir la paz cada día: sostenidos por la Escritura, sabemos que el sufrimiento del Siervo traerá la curación al mundo entero (Isaías 53,5).

Oramos para que se realice la profecía de Isaías: «No levantará espada nación contra nación, ni se ejercerán más en la guerra. Casa de Jacob, en marcha, caminemos a la luz del Señor» (Isaías 2,5).

Con la expresión de nuestro profundo respeto,

Los religiosos y religiosas de Tierra Santa

Viernes, 26 de abril de 2002

Contacto: P. David Neuhaus SJ +972 2 6241 203 (fax) o <neuhausj@gmx.net>

«Para un tiempo de justicia» Las Sesiones del Apostolado Social

Jean-Noël Audras, S.J.

1. Una experiencia fundante:

1.1. Una nueva relación: jesuitas y amigos

Acabamos de vivir un **tiempo de gracia**, un tiempo de consolación espiritual: tiempo de compartir fraterno, experiencia de acercamiento en un sentir común. Nos hemos reunido sobre la base de un deseo común, que el título de este Congreso llama *Justicia*. Jesuitas de la Provincia de Francia y amigos (laicos, religiosos, religiosas, sacerdotes, jesuitas de otras Provincias): **estos tres días nos han situado en una nueva relación los unos con los otros**. Por supuesto, no es una relación que hayamos inventado, pero la hemos experimentado al compartir, la hemos ejercitado, y nos ha sido dado sentirla y escucharla como una llamada: debemos optar por ir más lejos juntos.

Unos cuarenta laicos y 110 jesuitas han convivido a lo largo de estos tres días. Nosotros, jesuitas, hemos querido ante todo **celebrar con vosotros lo que vivimos**: la proximidad de vivir en barrios «difíciles», la colaboración en el campo asociativo, en instituciones, el compromiso codo a codo con el que nos apoyamos los unos a los otros en el trabajo por la esperanza de dar un futuro a los marginados, el compartir la oración, etc. en lugares, profesiones y situaciones civiles y sociales muy diversas, en un marco eclesial, jesuita o simplemente social, en un gran abanico de responsabilidades y tipos de compromiso.

Religiosos o laicos, jóvenes o menos jóvenes¹, profesionales o voluntarios en las instituciones en las que también nosotros lo somos, quienes formáis parte de grandes redes con las que nos gustaría trabajar (redes de antiguos alumnos, redes de colegios, redes de movimientos de laicos), amigos en suburbios o en el campo de la acción social, educadores de jóvenes con problemas o de jóvenes bien integrados en el sistema educativo y en la cultura del país, viejos conocidos o conocidos recientes, de larga o corta colaboración, creyentes de otras confesiones religiosas, jesuitas de tal o cual Provincia: **queremos buscar con vosotros cómo actuar para hacer llegar un tiempo de justicia**.

La experiencia de estos días es que sentimos la alegría de compartir, todos, lo que vivimos para este tiempo de justicia y que tenemos la certeza de que este es nuestro camino. No hay otro. **Nos es propuesto un camino de amistad en esta misión que nos une**. El apostolado social, el compromiso con un tiempo de justicia, no es una capilla lateral en la misión de la Iglesia. Para quien cree en Jesucristo Salvador, **vivir la fe y comprometerse con la justicia son una sola cosa**, no pueden separarse.

¹ Los más jóvenes son los miembros de las dos comunidades del JVE (Jóvenes Voluntarios Europeos o Comunidades de Voluntariado Jesuita) de Burdeos y de Saint-Étienne.

1.2. El lugar de cada uno de nosotros en la misión:

Queremos tomar iniciativas en esta misión. Pero nos alegramos de que **seáis motores en estas lides de la acción social**, de que **nos llaméis para colaborar con vosotros**, de que nos encontremos en un objetivo común del que sois plenamente responsables:

- no hemos creado la red de centros de formación ignacianos alternativos, pero nos alegramos profundamente de su puesta en marcha y de sus logros. Nos alegramos de participar en ella;
- no hemos creado el taller que funda la AFEPT², pero nos alegramos de esta iniciativa que hemos apoyado en su inicio sin poder hacer más hasta hoy.

Esta debe ser una característica de nuestro apostolado social, estar **integrado en conjuntos más amplios**, en redes jesuitas, emparentadas o sencillamente de otro tipo (eclesiales, sociales) con las que estemos vinculados. Cuando reflexionamos sobre este o aquel compromiso fuerte que queremos asumir por lo que comporta de implicación con la justicia, en el discernimiento de la Provincia se plantea como elemento central la siguiente pregunta: ¿puede esta obra **respaldarse en un grupo, una persona moral que la sostenga en su conjunto encima**, de manera que no seamos los únicos en asumir esta carga, puesto que nosotros ya no podemos? Si queremos conservar la movilidad y la capacidad de iniciativa, una respuesta negativa indicaría que no sería realista, demasiado arriesgado o gravoso para el futuro del cuerpo de la Provincia de Francia. En definitiva, **la alteridad que vivimos por medio de la colaboración cercana con los otros es fecunda para nosotros, y espero que también para vosotros**.

Nosotros, jesuitas, necesitamos ser más numerosos. A veces digo que necesitaríamos ingresos «de dos cifras» en el noviciado para poder estar presentes en los terrenos esenciales, intervenir, tomar iniciativas. Con todo, al final de esta asamblea también puedo decir que no estamos solos. Nosotros significa «vosotros y nosotros», juntos estamos encargados del futuro de un tiempo de justicia, del apostolado social y de la misión. Nosotros, religiosos, y vosotros, laicos, **formamos la Iglesia, el pueblo de Dios. Cada uno tiene un lugar en la misión única que dirigiremos juntos**. En este sentido, no me siento preocupado.

1.3. Profundizar en nuestro conocimiento mutuo y crecer en la unidad de espíritu:

Retomo algunos de los temas expuestos esta mañana:

- para vivir la asociación entre jesuitas y laicos necesitamos referencias comunes. **Debemos llegar a compartir hasta la espiritualidad**; os proponemos conocer lo que nos hace vivir, lo que nos inspira – ¡la espiritualidad ignaciana no está en absoluto reservada a los religiosos o a los sacerdotes! Tenemos que encontrarnos los unos con los otros en este nivel de reconocimiento mutuo. Ello exige que los jesuitas tomen la iniciativa en este aspecto.
- también necesitamos encontrarnos en **grupos no muy numerosos, ni muy dispersos, en los que la relación sea posible, relación de amistad**, para que nos comprendamos mejor y nos estimulemos en nuestras aportaciones específicas en la obra común. Estos grupos, si cogen el gusto por compartir sus experiencias, preguntas y dinámicas, podrán servir de tejido sobre el que formar redes de intercambio más o menos formalizadas.

² *Association pour la Formation et l'Éducation Permanente à Tivoli.*

- tanto unos como otros intervenimos bien como profesionales, bien como voluntarios. Sería interesante trabajar juntos en una **carta del voluntariado**, reflexionar sobre el marco y las condiciones necesarias para el trabajo de los voluntarios, así como sobre los modos de relectura de su compromiso.

2. Algunas condiciones para el compromiso de nuestra Provincia:

En esta situación de colaboración, se trata por nuestra parte de **impulsar en toda la Provincia una dinámica de apostolado social más clara y decidida.**

2.1. Algunas condiciones obvias pero que conviene recordar:

- para que la preocupación por los pobres esté presente con fuerza en todas las acciones de la Provincia, es necesario que haya **suficientes jesuitas que vivan y trabajen a tiempo completo con los pobres**, para entenderlos, ver el mundo con sus ojos y compartirlo con el resto de la Provincia. A tiempo completo significa una actividad pastoral, social, militante – no sencillamente el hecho de compartir el entorno. Es preciso que haya miembros de la Provincia que sientan el deseo de ser enviados a tiempo completo a esta misión y con este estilo de vida; y que se les envíe realmente.
- no hay apostolado social sin jesuitas que lo reclamen y deseen profundamente. El apostolado social no tiene futuro sin **jóvenes jesuitas disponibles** que deseen comprometerse al servicio de la justicia. ¡Que sean preparados para ello! ¡Que tengan buena capacidad de trabajo en equipo (equipos de jesuitas y equipos de jesuitas y laicos) y en red (jesuita o no)! ¡Que su deseo sea acogido por el cuerpo de la Provincia!
- debemos tener las ideas claras acerca de qué supone el apostolado social en nuestra misión de Provincia, en el proyecto apostólico de nuestras comunidades y para cada uno de nosotros. Por una parte, **el apostolado social es una dimensión de todo apostolado**; por otra parte, se **cumple a través de misiones específicas entre grupos víctimas de injusticia** (jóvenes desempleados y en situación precaria, inmigrantes y clandestinos, presos, poblaciones marginadas por el entorno, el mundo gitano, etc.);
- el apostolado social también es:
 - **relacionar a aquellos y aquellas que encontramos en nuestros apostolados diversos**, por ejemplo, hacer que los jóvenes «favorecidos» reciban a los jóvenes «desfavorecidos» que están cerca de ellos;
 - **dar testimonio de nuestro gusto por el apostolado social y de lo que de él recibimos entre aquellos que encontramos en actividades que no son inmediatamente sociales**;
- debemos formarnos para estar más **capacitados para colaborar con otros.**

2.2. Unidad:

Nuestra asamblea lo ha manifestado claramente: **la unidad de nuestros apostolados al servicio de la justicia se funda en la unión de hombres y mujeres movidos por esta inquietud; antes que nada, es una unión de corazones.**

Tampoco hay **otro fundamento para la orientación de nuestra Provincia jesuita por la justicia que no sea la unión de las personas en esta inquietud.**

3. Dinámicas en marcha:

El apostolado social es una **dimensión de la actividad y sensibilidad de todo jesuita, sea cual sea su apostolado.** Tal y como decía uno de nosotros: «seamos apasionados, fermento de justicia. Que esta sea, se convierta, en una característica de los jesuitas y sus amigos, colaboradores». Nos hace falta mucha motivación tanto para comprometernos con los pobres, como para cargar con esta inquietud en un universo lejano a estas ideas y en tareas acaparadoras. La pregunta es: **¿cómo cultivar, cómo desarrollar esta motivación?** El Congreso es un comienzo de respuesta, y las iniciativas sociales de la Provincia³ son el signo visible de nuestro deseo de dar respuesta a la **advertencia del Padre General: no nos quedemos en las palabras, cuidémonos de no retroceder en relación con el servicio de la justicia.**

Más aún que en nuestras obras, encontramos aliento en la **alegría recibida** en el campo del apostolado social:

- **Alegría** de aquellos y aquellas que, comprometidos en campos de acción social a menudo duros, reciben para sí o para otros una **bendición imprevista.**
- **Alegría** que recibe una comunidad jesuita para su propia vida cuando se abre a una CVJ. Es una señal de lo que como cuerpo, podemos recibir, de la **apertura de nuestra vida cotidiana a otros.**
- **Alegría** por lo que **produce el Evangelio** en los grupos locales, en jóvenes y menos jóvenes a través de nuevas maneras de proponer el carisma de la experiencia espiritual y la pedagogía ignacianas.
- **Alegría en esta asamblea, en lo que representa** de compromisos, servicios de larga duración, colaboraciones, acuerdos, también de amistad entre las personas.
- También da testimonio de esta alegría el atractivo que ejercen sobre los **jóvenes jesuitas** las comunidades de Cergy y Saint-Denis, potencialmente superpobladas el año que viene.

Quizás sería bueno, más que demostraciones o escaparates, **tomar mejor conciencia de las consolaciones recibidas** en la vida en un barrio, en la participación en una pequeña comunidad de fe llevada por los vecinos del lugar, consolaciones en un rudo campo de jóvenes de barriadas, en el trabajo en la red de centros de formación ignacianos alternativos...

4. Resistencias:

Pero este compromiso choca con resistencias. Entre otras:

³ Ver Jean-Noël Audras, S.J., «Comentario sobre el *Status* 2000-2001», *Promotio Iustitiae* 74 (2001/1), 27-28.

- el **miedo a no saber hacer**, a ser de otra cultura, a ser incapaces de encontrar las palabras;
- el sentimiento de que **hay que ser un poco excepcional** o de que hay que tener un perfil bien definido para comprometerse en el apostolado social;
- la **mala conciencia** (¡nos apresuramos a decir que es una mala razón para decidirse!)
- quizás también el hecho de que **durante mucho tiempo se identificó el apostolado social, si no exclusivamente, sí en gran medida, con grupos** como Misión Obrera o Acción Popular;
- la **dificultad de unificar en nuestros apostolados** la dimensión social (justicia) y la dimensión espiritual (experiencia de Dios), y de sentir interiormente esta unidad;
- sin duda, también la **falta de método, de saber hacer** en este campo de la acción por la justicia, mientras creemos tener más método en el terreno espiritual.

5. ¿Cómo puede una comunidad optar por implicarse y tomar iniciativas en el apostolado social? Aquí siguen algunas **pistas para las comunidades** que quieran hacerlo:

- antes que nada, **escuchar desde el campo en el que se esté**. Tratar de conocer nuestra ciudad, nuestra región: una comunidad de personas que tiene una historia, una vida económica, cultural, asociativa, política, un lugar en el que se diseñan modos de vida, hábitos. Tomarse el tiempo de escuchar, de descubrir, de dejarse afectar por esta vida.
- **localizar las necesidades; elaborar un proyecto comunitario; verificar las posibilidades de llevarlo a cabo**. Quien se implica es la comunidad, que se encargará de delegar a tal o cual miembro. Se implica con el acompañamiento y el apoyo de la Provincia. De esta manera, la comunidad emerge no como la suma de respuestas individuales, sino como una respuesta comunitaria a una situación de conjunto.
- **encontrar socios** y en particular, negociar con la diócesis para la inclusión de nuestro proyecto en las orientaciones de la misma.

Conclusiones:

Jesuitas: que podamos **vivir el apostolado social como cuerpo**, es decir, que todos nos preocupemos más por este apostolado, que nos impliquemos de manera específica o través de otros tipos de apostolado. **Esto requiere a la vez vocaciones personales, decisiones comunitarias y decisiones de Provincia**. No pasa únicamente por creaciones institucionales; lo esencial es que vivamos la misión como cuerpo, que a cada uno le aproveche lo que el otro vive, se interese por ello y sea solidario.

En la situación actual de fuerte disminución eclesial en número y en capacidad de influencia sobre la sociedad debemos comprometernos por una **Iglesia diaconal** que no se vuelque en sí misma. Que nuestro presbiterado no camine nunca sin diaconado.

Busquemos y pidamos como gracia que **se unifique en nosotros la dinámica de experiencia espiritual y la dinámica de compromiso social**. Desde el Padre Pedro Arrupe tenemos buenos textos de Padres Generales o de Congregaciones Generales para inspirarnos.

Vayamos más allá en el sentido de un **convenio más explícito entre congregaciones religiosas** para reflexionar sobre nuestra presencia en las barriadas o nuestra implicación en el campo social. En este sentido, me alegraría que se organizara un **encuentro de comunidades de religiosos y religiosas que viven en los «barrios»**. ¡Que ese encuentro sea un largo compartir y la celebración de todo lo que unos y otros viven y sus alegrías!

Lo que hemos vivido durante esto tres días es un acto de conocimiento y de reconocimiento mutuo. Dentro este reconocimiento, dentro este espíritu común, encontraremos la fuerza para progresar en el trabajo por la justicia. Es importante que cultivemos ese reconocimiento en relaciones de colaboración dinámica entre laicos y jesuitas, de formas muy distintas. Lo mismo vale al interior de la Provincia: el objetivo es que todos los miembros de la Provincia se reconozcan cada vez más en esta inquietud por la justicia, y que la vivimos como cuerpo, preocupados que el cuerpo haga siempre más, lo que implica a la vez las dinámicas personales, comunitarias, regionales y del conjunto de la Provincia.

Como continuación de este encuentro, la consulta de la Provincia proseguirá la reflexión sobre el apostolado social. Se esforzará por analizar nuestras resistencias, tratará de ver cómo podemos caminar hacia una mayor claridad y responder al llamamiento del Padre General: tener grandes ambiciones, no contentarnos con «proyectos más modestos y planteamientos restringidos»⁴. Haremos lo mismo en el **equipo de animación del apostolado social**, al que agradezco enormemente, así como a la comunidad de Saint-Étienne, la preparación de este Congreso.

Saint-Étienne, 1 de mayo de 2001

Jean-Noël Audras, S.J.
Provincial de Francia
Maison Saint Régis
7 rue Beudant
75017 Paris
FRANCIA

+33 1 4293 5831 (fax)
<provincial.france@jesuites.com>

+ + + + +

⁴ Peter-Hans Kolvenbach, S.J. *Sobre el apostolado social*, carta del 24 de enero de 2000 a toda la Compañía, *Promotio Iustitiae* 73 (mayo 2000), 19-24.

«Dar razón de nuestros propios por qué» Una cultura vocacional jesuítica (continuación)¹

Miguel Cruzado, S.J.

¡Qué bien que en *Promotio Iustitiae* aparezcan artículos sobre lo vocacional! Una de las sorpresas más gratas de mi trabajo en vocaciones ha sido constatar el gran interés y apoyo por el tema vocacional por parte de los jesuitas dedicados al apostolado social. Acaso por no trabajar directamente con jóvenes o por las pocas posibilidades que tienen en sus labores cotidianas de dar razón explícita de nuestra espiritualidad, he visto que cuando se les ofrece la oportunidad de acercarse a los jóvenes y exponer su vida en registro espiritual, ¡lo hacen muy bien! Se emocionan ellos y entusiasman a otros.

Es muy frecuente que una vocación se suscite o se consolide a partir de experiencias de servicio social o contraste cultural. El testimonio de los jesuitas que tienen la gracia de dedicarse al apostolado social directo con personas en situaciones difíciles tiene un potencial de «inquietante vocacional» muy rico, veo yo. En estos tiempos en que – a pesar del *boom* de las comunicaciones, Internet y demás – la gente joven paradójicamente puede tender a encerrarse en sus mundos seguros; el exponerlos a experiencias de contraste, servicio o intemperie (en las que los otros no son «caracteres» o «fotografías») junto con jesuitas que les acompañen o les hablen de sí mismos, tiene gran fuerza. Por lo menos veo que la tiene en el Perú.

«Raíces de una cultura vocacional propiamente jesuítica» del P. Uríbarri me gustó mucho. Sin duda, cómo llevamos nuestra vida y modo de proceder puede atraer o desalentar vocaciones. Creo también que el espíritu original de la Compañía puede ser sumamente atractivo vocacionalmente si lo vivimos, como dice el texto, con fervor, sentido eclesial y una gran esperanza. Sin duda. Un jesuita que vive con entusiasmo y fidelidad su vocación es un gran promotor de vocaciones. Tengo poco más que añadir sobre ello y el desarrollo mismo del texto. Me encantó leerlo, como a cada jesuita seguramente.

Sin embargo, en relación con la inquietud por la promoción de vocaciones creo que nos faltaría dar un paso adicional. Y es que creo que el texto recoge sin jerarquizar una serie de rasgos de nuestra vida y tradición, y no todos tienen por qué contribuir del mismo modo a una «cultura vocacional para nuestra época». Las vocaciones se suscitan en épocas y contextos particulares concretos. Y hay rasgos que resultarán más o menos inquietantes vocacionalmente en distintas culturas y contextos. Además, cada rasgo está informado de la cultura en que se vive: el perfil mariano se puede vivir de uno u otro modo, con unas u otras simbologías e iconografías, dándoles una u otra interpretación de sentido a los mismos lenguajes.

No significa que sean más o menos importantes para nosotros o para el carisma, ¡no! Pero sí más o menos movilizadores, generadores o posibilitadores de una experiencia de Dios que lleve a la pregunta o inquietud vocacional.

En el fondo, a lo que me refiero es que no se puede pensar, creo, en una «cultura vocacional jesuítica» que sea siempre, universalmente y por sí misma «caldo de cultivo» vocacional. Po-

¹ Ver Gabino Uríbarri, S.J., «Raíces de una cultura vocacional propiamente jesuítica», *Promotio Iustitiae* 75 (2001/2), 61-70.

demos ser muy fieles a nuestro carisma con todos sus rasgos y sin embargo no suscitar vocaciones: el problema no está necesariamente en nosotros y nuestra fidelidad. Cuando empecé el trabajo en vocaciones me sorprendió leer tantos análisis insistiendo en las falencias de nuestro testimonio, para explicar en buena medida el problema vocacional. ¡Pero si es admirable lo que hacen mis compañeros!, pensé. Y luego he visto que nuestra vida aun con todas sus falencias puede ser sumamente atractiva para jóvenes.

Creo que esa visión a veces nos lleva a desesperarnos, a sutilmente autoculparnos y a inmovilizarnos sin darnos cuenta: «¿quién puede ser el súper-jesuita realmente fiel al espíritu original que podrá atraer a estos jóvenes tan difíciles de entusiasmar?». Pienso que el nudo del problema no está en nosotros. Tiene que ver con nosotros, pero no está en nosotros. En todo caso, no tiene que ver con nuestras faltas, o principalmente con ellas, sino con qué dimensiones de nuestra vida presentamos a los otros y cómo las transmitimos.

En todo caso, vivir con fervor, sentido eclesial y profunda esperanza cada uno de los siete rasgos que en el artículo se mencionan es el terreno sobre el cual se puede acoger una vocación suscitada. Pero ello no basta para suscitar vocaciones; por sí solo no es caldo de cultivo, es «base», «piso», «terreno», creo. Es algo así como el punto «O», un supuesto necesario.

En el texto no se dice mucho sobre las culturas juveniles hoy. Y probablemente es ahí donde se juega lo más importante. Obviamente no se trata de «culpar» a los jóvenes por la ausencia de vocaciones (y tampoco a los jesuitas) pero si las vocaciones se suscitan siempre en culturas y contextos, entonces no se puede prescindir del análisis de ellas para pensar una «cultura vocacional para nuestros tiempos». La generación del famoso «caldo de cultivo» vocacional se juega en el cruce de tal o cual «cultura juvenil» con la «cultura jesuítica» que conozcan y se les ofrezca.

En resumen, creo que lo primero es ubicar los rasgos culturales de aquél segmento juvenil al que principalmente nos dirigimos. Lo segundo es ubicar las dimensiones, rasgos, etc. de nuestra vida y tradición que pueden enganchar con esas formaciones culturales, movilizándolas a salir de sí mismas y a asomarse a la pregunta vocacional. Lo que viene después ya son estrategias de promoción, y final y decisivamente las aptitudes particulares y la llamada del Señor.

No se trata de conocer a los jóvenes para ver cómo los convencemos. No. Ni se trata de mejorar nuestra vida para ver cómo la hacemos atractiva. Tampoco. Se trata de conocer a los jóvenes y ver qué dimensiones de nuestra vida pueden movilizar lo que de sí mismos engazaría con nuestra vocación y estilo de vida. Eso significa que hay dimensiones de su cultura que no engazarán con nuestra vida aunque sean valiosas, y dimensiones de nuestra tradición y modo de proceder que tampoco serán un lenguaje que movilice lo vocacional en ellos, aunque sean siempre valiosas para nosotros y no dejemos de vivirlas. Pero no será nuestro «banderín de enganche» cultural, como decía el mismo P. Uríbarri en un texto anterior².

Se trata de quebrar inercias en nosotros y en los jóvenes. Pero también y decisivamente ubicar las sinergias de lo jesuítico para tal o cual subcultura juvenil. La pregunta es qué dimensiones o rasgos de nuestra vida y tradición pueden quebrar inercias y potenciar sinergias en relación con la pregunta vocacional y el entusiasmo posible de seguir a Jesús en esta Compañía.

² Gabino Uríbarri, S.J., «El banderín de enganche», *Promotio Iustitiae* 65 (septiembre 1996), 83-87.

A pesar de lo dicho, hay que anotar que lo de las «culturas juveniles» tampoco es sencillo de digerir y asumir. Las formaciones culturales juveniles son siempre y casi por definición

- transitorias (ser joven es una etapa de la vida de la que pronto e inevitablemente se saldrá),
- débiles (el género, la clase social, el lugar, etc. generan identidades mucho más fuertes: es frecuente encontrar que se parecen más entre sí un joven y un adulto del mismo sector social, que dos jóvenes de diferentes sectores sociales) y
- dependientes y heterogéneas (es un tiempo de configuración de la identidad, por tanto se toma prestado de aquí y de allá, se repiten argumentos diversos, se tienen entusiasmos contradictorios, cuesta dar razón de los propios por qué, etc.).

De modo que es inaceptable e imposible vivir mirando a los jóvenes y adaptarse continuamente a modos transitorios, débiles y dependientes. Creo que de lo que se trata es de mirar en los jóvenes «aquello de nuestra cultura que se va forjando, configurando, entretejiendo, prefigurando». Creo que la riqueza de las culturas juveniles es que en ellas, a manera de trazos, se pueden entrever los rumbos de cambio y reconfiguración de la cultura. Son esos rasgos los que tenemos que mirar. Y entonces, como el P. Ignacio y los primeros compañeros, adelantarnos a nuestra época y que los jóvenes vean en nosotros no una repetición de sí mismos, sino aquello a lo que podrían aspirar y que – aunque no lo sepan – ya late en ellos mismos.

Miguel Cruzado, S.J.
Centre Sèvres
35bis rue de Sèvres
75006 Paris
FRANCIA

+33 1 4439 7802 (fax)
<miguelsj@yahoo.com>

+ + + + +

Sobre el SIDA en África

Joe Arimoso, S.J.

Viento oscuro aúlla sobre
la tierra preñada de maldiciones
¿Qué viento es este
que trae inexplicables endechas?

El tierno fruto cae
al suelo, prematuro
y viento oscuro lo arrastra a la
abierta herida de la tierra
Deja que las ramas tejan en soledad
Viejos cantos rodados dan testimonio
La tierra verde se ha ido
abrasada de dolor
Fríos túmulos brotan
en campos fértiles de huesos
mientras almas de renegados yacen
en desvalida quietud
El lastimero tambor
ya no gime

Entonces ¿cuándo vas Tu a librar
a los espíritus atormentados de
esta desamparada pesadilla?

Devuelve la esperanza en retroceso
Tú capaz de insuflar
vida en los huesos secos
bañar los campos estériles
de santificada fertilidad
doblar ramas solitarias
bajo el peso de la fruta madura
llegar al alba y reprender
al oscuro viento de la plaga
Apresúrate y revélate
a los corazones afligidos
empotrados en angustioso ébano
Hazlos sanar
con el roce de Tu mano escondida.

Joseph Arimoso, S.J.
Hekima College
P.O. Box 21215
Nairobi, 00505 KENYA

+254 2 570 972 (fax)
<joearimoso@yahoo.com>

Una vocación a la ecología y a la Compañía

Christoph Albrecht, S.J.

Hace doce años aprendí en el noviciado de Innsbruck que la motivación para ingresar en la Compañía de Jesús es pura si tiene como causa y busca como fin el deseo de seguir a Jesucristo.

Hace diecinueve años trabajaba como aprendiz-empleado en una fábrica de aparatos eléctricos, y a la vez participaba en un grupo de jóvenes de mi parroquia, donde compartíamos nuestras esperanzas y preocupaciones por nuestro futuro y el del mundo.

A lo largo de esos años tomé conciencia de que los productos industriales no siempre son válidos para el progreso humano, y que los bosques, tan necesarios para nuestra vida, corren el peligro de ser destruidos para siempre. Esto se convirtió en algo crucial para la orientación de mi vida. En el grupo de jóvenes, abrí el debate en torno a estos problemas de los que todos somos responsables en esta sociedad consumista. En la fábrica, miraba con escepticismo todo lo que suponía coste de energía o producía residuos. La pregunta emergía cada vez con más fuerza: ¿qué hacer después de los cuatro años de formación profesional? Tenía una cosa clara por encima de todo, no me veía trabajando durante años por el progreso tecnológico del mundo en una empresa sin tener la posibilidad de hacer algo útil para el progreso humano.

A los dieciocho años mis padres me animaron a sacar el permiso de conducir. Me negué, convencido de poder convencer a la gente adoptando un estilo de vida más sencillo y ofreciendo por tanto signos concretos e interpelantes en mi propia vida.

Compartiendo en el grupo de jóvenes y en grupos de meditación, acabó por enraizarse en mí el valor para ser fiel a mi ideal: mi deseo de cambiar el mundo. Al mismo tiempo, empecé a ver el papel de la justicia social y cómo se relaciona con el egoísmo de quienes disfrutaban de privilegios.

La tensión entre el mundo donde reinan la justicia y el respeto hacia todas las criaturas, de un lado, y la sociedad tal y como yo la percibía, de otro, aparecía sin solución excepto por lo que sabía de la fe y la esperanza cristianas. San Francisco de Asís se convirtió en mi ejemplo a seguir. Para mí era evidente que lograría alcanzar el sentido de mi vida si vivía las mismas actitudes que Francisco; él marcó la búsqueda de mi realización personal. Tengo la profunda convicción de que no puedo animar a otros a llevar una vida sencilla, alegre, ecológica y reconocida socialmente, si yo no vivo esa sencillez con alegría, liberado de todo temor a perder las ventajas que me ofrece la vida mundana.

Hace quince años tenía intención de ingresar en la orden de los franciscanos. Pero al cabo de una semana con ellos, quedó claro que no era lo que buscaba. Empecé y culminé una formación de ingeniero electrotécnico, plenamente consciente de que nunca trabajaría como ingeniero, pero con la esperanza de poder articular mejores reflexiones críticas sobre ciertas tecnologías o empresas.

Al final de esta formación, la gran pregunta para mí era: ¿en qué asociación podría yo unir espiritualidad fundada sobre la esperanza cristiana y compromiso concreto con el medio ambiente? – Si ingreso, por ejemplo, en Greenpeace, corro el riesgo de quedarme solo o aislado en mi preocupación espiritual. – Si entro en una comunidad cristiana, corro el riesgo de la incompreensión de mis preocupaciones ecológicas. Donde los franciscanos percibí la incoherencia

entre la libertad que vivía Francisco y el estilo de vida de su orden. Entonces hice un descubrimiento importante: los jesuitas. Ellos no tienen reglas fijadas de una vez por todas, sino en función de su misión en el mundo, lo que quiere decir buscar las semillas del Reino de Dios y de este modo colaborar en la transformación del mundo.

Así fue como encontré el grupo que andaba buscando. Desde su fundación, la orientación fundamental de la Compañía de Jesús ha sido la mayor gloria de Dios, gloria que hay que buscar en el compromiso por la dignidad de cada ser humano. El hecho de que para dar respuestas adecuadas a cada nueva situación histórica los jesuitas defiendan los principios de apertura y libertad (y no reglas que sólo tienen valor en sí mismas) es para mí la señal de que esta orden religiosa será capaz de dar una respuesta efectiva a los desafíos ecológicos.

Mi experiencia por lo que se refiere a la cuestión ecológica en la Compañía de Jesús está marcada por dos lecciones. La primera: he visto compañeros que distinguen tanto entre evangelización y respeto por la naturaleza, que toda discusión sobre problemas ecológicos acaba en polémica sobre la preocupación de los «verdes». La segunda: la toma de conciencia de la relación constitutiva entre el compromiso por la fe y la lucha por la justicia me ha sensibilizado hacia las distintas caras de la injusticia. Descubro así que hay injusticias sociales e injusticias ecológicas. Y a menudo, diría incluso con carácter general, quienes sufren injusticias sociales están también condenados a vivir en condiciones ecológicas indignas.

La primera lección es dolorosa para mí. La segunda me muestra caminos en el diálogo ineludible incluso dentro de la propia Compañía. La CG 34 insiste sobre la imposibilidad de separar las cuatro dimensiones de la misma y única misión:

No puede haber servicio de la fe sin
promover la justicia
entrar en las culturas
abrirse a otras experiencias religiosas.

No puede haber inculturación sin
comunicar la fe a otros
dialogar con otras tradiciones
comprometerse con la justicia.

No puede haber promoción de la justicia sin
comunicar la fe
transformar las culturas
colaborar con otras tradiciones.

No puede haber diálogo religioso sin
compartir la fe con otros
valorar las culturas
interesarse por la justicia (Decreto 2, n. 19)

Esta clara constatación me anima en el diálogo con los compañeros de mi comunidad y de mi Provincia, y en mi propio cuestionamiento sobre mis motivaciones para vivir como compañero de Jesús y para profundizar en mi discernimiento, de manera que mi sed de justicia social y ecológica sea purificada por mi deseo de seguir a Cristo, sin fanatismo ni estrechez, pero, si es preciso, hasta el Calvario.

Christoph Albrecht, S.J.
Herbergsgasse 7
4051 Basel
SUIZA

+41 61 264 6364 (fax)
<christoph.albrecht@jesuiten.org>

+++++

RECENSIÓN: *Sociedad civil y pobreza*

Fernando Franco, S.J.

Para combatir la pobreza la Sociedad Civil se articula, Santo Domingo: Centro de Estudios Sociales Padre Juan Montalvo SJ, 2000, pp. 308¹.

Debo confesar antes de nada lo feliz que me siento de haber sido invitado a reseñar el libro *Para combatir la pobreza* para un público internacional de jesuitas y sus colaboradores. El libro es, en más de un sentido, no sólo resultado de un seminario celebrado en Santo Domingo del 18 al 25 de julio de 2000 que reunió a 61 jesuitas y laicos comprometidos en la acción social de Latinoamérica y el Caribe, sino también un valioso instrumento para comprender la reflexión en curso sobre nuevos enfoques de acompañamiento a los pobres y las novedosas formas de organización social que han emergido en el continente en la última década. Tanto el libro como los debates del seminario parecen reflejar bastante fielmente los puntos de vista de casi todos los países de la región². Este breve comentario se divide en dos partes: un resumen del argumento principal del libro, y una respuesta crítica desde la perspectiva de la acción social en India y Asia. Las referencias al texto y las citas están seguidas de un número entre paréntesis que indica la página correspondiente en el libro.

El libro se estructura en torno a seis capítulos, cada uno de los cuales trata un tema distinto, presentando algunas ponencias seguidas por el resumen del debate del grupo sobre aspectos relacionados con el tema en cuestión. Se nos informa de que el orden de aparición de los temas es el de su presentación en el seminario. La primera parte o capítulo contiene cinco ponencias encargadas de la ingente tarea de rastrear los orígenes del concepto de «sociedad civil» y delimitar sus fronteras conceptuales. El segundo tema, basado en las experiencias concretas de República Dominicana y Honduras, analiza el modo en que la sociedad civil se articula de cara a otros actores políticos y sociales. Se estudia la relación entre Estado y sociedad civil sobre la base de la experiencia acumulada por el Movimiento por la Paz de Colombia y el Centro de Estudios Sociales (CES) Juan Montalvo en República Dominicana. El capítulo cuarto explora la manera en que la sociedad civil combate la pobreza, e incluye nueve ponencias relativamente cortas que perfilan varias experiencias en siete países. Una contribución estudia el impacto de los medios de comunicación social en la cultura de la región, y el último capítulo recoge dos ponencias que tratan de señalar las implicaciones del desarrollo de la sociedad civil en Latinoamérica y el Caribe para el apostolado social jesuita en la región. Ahora paso a destacar algunos de los asuntos principales tratados en el libro.

La aparición de la sociedad civil como concepto político y expresión de una nueva práctica política puede atribuirse, según defiende el libro, al desarrollo de la modernidad en el mundo occidental (41), al colapso del marxismo occidental (31) y, de manera más inmediata, al fracaso de la gobernabilidad de Estados de base democrática (97)³. Existen otras razones «funcionales» para

¹ Basado en el mismo seminario y en el mismo libro: Mario Serrano, S.J., *La Sociedad Civil: Aportes y desafíos*, Colección del Centro de Estudios Sociales Padre Juan Montalvo SJ, 2002, pp. 52.

² Como estaba previsto, los participantes del país anfitrión (República Dominicana) presentaron el mayor número de ponencias, en concreto ocho. También se recibieron dos por parte de Venezuela, Colombia, Argentina y Honduras; México, Guatemala, Puerto Rico, Perú, Brasil y Chile contribuyeron con sendas ponencias. También estuvieron presentes participantes de Bolivia, Paraguay, Belice, Guyana, Nicaragua y Jamaica.

³ Mealla añade a estas razones la aparición de los movimientos populares en la Europa del Este contra la tiranía de la opresión soviética (67), argumento que tiene resonancia en un teórico político indio (Chandhoke: 1955; 27).

este nuevo interés por la sociedad civil. La primera es la necesidad de buscar canales viables para dirigir las energías de los diversos movimientos sociales desprovistos de dirección ideológica y posibilitar que las voces de los excluidos sean escuchadas en el espacio político de la sociedad civil. La segunda es la necesidad de contrarrestar la ortodoxia neoliberal de mercado que se esfuerza incansablemente por despojar al Estado de sus obligaciones primarias, y reclama en consecuencia un papel protagonista de apoderado para la sociedad civil. La tercera es exiliar para siempre de nuestras sociedades la terrible infección de la violencia que ha dejado un rastro de muerte y desesperación entre los pobres. Bajo la nueva circunstancia, negociación, consenso, participación, heterogeneidad y trabajo en red se han convertido en lugares comunes.

Aun reconociendo la práctica imposibilidad de encontrar una definición generalmente aceptada, concisa y operativa de sociedad civil, el Grupo de Trabajo ensaya una descriptiva, apuntando algunas de sus más importantes características (108-11). El concepto de sociedad civil supone, en primer lugar,

la concepción democrática de Sociedad Civil en la que se concibe a los ciudadanos reunidos en sociedad como sujetos de las decisiones a través de las cuales se constituye la vida pública, se establece el régimen político («reglas de juego») y se definen los instrumentos para el ejercicio del poder público, especialmente, el Estado y sus funciones ejecutivas, legislativas, judiciales, electorales, de seguridad social y ciudadana (108).

La sociedad civil presupone asimismo la esfera política como un espacio en el que se definen objetivos colectivos y políticos. Finalmente exige «la vinculación necesaria entre la ética y la política» (108). A partir de estos rasgos primarios, el Grupo de Trabajo pasa a caracterizar la sociedad civil como plural, en el sentido de que «todos los intereses legítimos tienen espacio y adquieren deberes y derechos» (111), y como democrática, ya que

utiliza el diálogo y la negociación para tomar decisiones públicas en el marco del estado de derecho, excluyendo el uso de la fuerza y la violencia para imponer intereses particulares o privados al conjunto de la sociedad... [aunque] admite la diversidad e incluso el conflicto como parte de las relaciones normales de una sociedad compleja y pluralista (112).

Según J. Olvera Rivera, son dos los elementos que caracterizan la sociedad civil:

un elemento institucional definido básicamente por la estructura de derechos de los Estados de bienestar contemporáneos, y un elemento activo, transformador, constituido por los nuevos movimientos sociales (32).

Acerca de la relación crucial entre sociedad civil y partidos políticos, las opiniones parecen divididas entre quienes conciben esta relación en su mínima expresión (la sociedad civil influye, realiza un seguimiento, comprueba la actividad del Estado) y quienes atribuyen a la sociedad civil la función de promover organizaciones políticas («partidos») capaces de gobernar la sociedad conforme a un proyecto social aceptable (111).

También falta consenso a la hora de determinar qué tipo de organizaciones constituyen la sociedad civil. Se reservan palabras duras para el sector de las ONG, y tengo interés en subrayar este aspecto más adelante. Algunos participantes apuntan una preocupación oculta acerca de la rápida colonización de las ONG por el Banco Mundial (55) o, en palabras de Mealla, los esfuerzos de este último por «desmontar» la oposición de las ONG a sus políticas (71). En la misma línea crítica se sitúa Cela, que lamenta el liderazgo individualista (¿carismático?) y el clientelismo de muchas

ONG (92). El mismo autor se refiere en concreto al nuevo caballo de Troya del «Tercer Sector», revestido de todos los atributos de los mantras gerenciales y comerciales, que ha logrado introducirse de contrabando en el sector de las ONG gracias a la diestra mano de Peter Drucker y otros (74-5). Cela también evalúa positivamente el papel de la Iglesia de cara a la sociedad civil (78-80) y el de instituciones como Caritas (81-4). Al apuntar el papel positivo desempeñado por el Vaticano II al conceder autonomía a la sociedad civil se ha incurrido en una comparación engañosa, si bien no intencionada, entre la constatación positiva del cristianismo al separar la sociedad civil del terreno religioso, y la postura negativa adoptada por otras religiones como el islam o el judaísmo⁴. Encuentro esa referencia algo insensible. El auge de tendencias fundamentalistas, teocráticas y exclusivistas es desgraciadamente un rasgo compartido por todas las religiones organizadas, incluyendo el cristianismo y el hinduismo.

Las experiencias de articulación de los distintos sujetos y organizaciones de la sociedad civil en la República Dominicana (Pérez, 115-20; y Guzmán, 132-5) y en Honduras (Casolo, 121-31) son retratos esquemáticos de diferentes intentos de integrar las fuerzas dispersas de la sociedad civil para el logro de objetivos concretos. En el tercer capítulo se lleva a cabo un intento similar, bajo un título distinto, donde se describe el papel de la sociedad civil en el proceso de paz de Colombia (141-52) y se da cuenta brevemente de las experiencias acumuladas a lo largo de los años de paciente trabajo por el CES de la República Dominicana. La cuarta sección acerca de la sociedad civil y la lucha contra la pobreza promete mucho pero encierra poco. Se compone de una abigarrada colección de artículos: desde la exposición de Marchetti acerca de los vínculos entre las estrategias de reducción de la pobreza del Banco Mundial y el tema de la deuda externa, a reflexiones generales sobre la naturaleza de la pobreza (García), el interesante caso de las comunidades del Ixcán oponiéndose a la enajenación de la tierra y otras contribuciones más breves. Las dos últimas secciones contienen un estimulante artículo sobre el papel de los medios de comunicación social (Bisbal), sin conexión aparente con la temática general del libro, un informe histórico sobre la misión social de la Compañía de Jesús en Chile (Soto) y una contribución acerca de la relación entre la sociedad civil y la Compañía de Jesús (Lestienne).

Comienzo mis observaciones críticas sobre el libro reconociendo humildemente que la limitación de espacio impuesta por una «recensión», así como mi falta de experiencia personal sobre la realidad socio-política de América Latina convierten mis comentarios en vacilantes y provisionales. Para mí es evidente, y así debe afirmarse desde el principio, que tanto el seminario como el libro deben ser alabados sin ambigüedades como expresiones de la reflexión seria y comprometida de los jesuitas y sus colaboradores acerca de la relevancia de la sociedad civil para la lucha contra la pobreza y la injusticia en las sociedades democráticas. Este esfuerzo es una prueba más, si se necesitaran pruebas, del rasgo que siempre ha caracterizado la acción jesuita en América Latina: una relación cercana entre experiencia a pie de calle y reflexión intelectual (ideológica).

Permítanme comenzar con la observación de que el colapso de la confianza de la gente en las estructuras políticas democráticas (partidos políticos, burocracia, poder judicial) y en los «metadiscursos» también es un fenómeno extendido en Asia, e incluso me atrevería a decir que en el mundo entero. Por lo que se refiere al primer asunto, podemos afirmar con tranquilidad que la desconfianza hacia la «pura política» se ha convertido en un fenómeno global. Circunscribiéndome a la escena asiática, podríamos traer a colación que Japón se ha visto acosado por continuas revelaciones sobre los oscuros lazos entre políticos, el sistema bancario y un fuertemente controlado grupo de empresas oligopólicas. Dos presidentes filipinos han sido acusados de corrupción y

⁴ «El Islam, en gran medida, y en parte ciertas corrientes de judaísmo, parecen incapaces de distinguir entre la esfera política, racial, social y religiosa» (80).

destituidos de su cargo (Mahathir en Malasia y Suharto en Indonesia) y conocidos políticos de India se han visto implicados en caso tras caso de irregularidades financieras y estafas. El completo desprecio de la clase política india por cualquier atisbo de responsabilidad ha venido acompañado por una obsesión de hacer la política un asunto familiar en el que se han seguido escrupulosamente las reglas de sucesión al trono por vía de lazos sanguíneos. Donde quiero llegar con todo esto es a afirmar que la existencia de un «vacío político», o crisis de la confianza popular en la política organizada o profesional, es un fenómeno común que reclama un análisis más profundo de sus causas. Considerar a la sociedad civil como el medio para que las masas desposeídas llenen el vacío dejado por los partidos políticos deja muchas cuestiones fundamentales sin resolver.

La urgencia del análisis de este «vacío político» arranca del hecho de que la falta de fe en el proceso político no está del todo separada del rechazo de las ideologías totalitarias. De hecho, varios grupos poderosos adheridos a diversas formas de fundamentalismo religioso hindú, musulmán o cristiano han llenado recientemente el vacío político. Otros grupos más «democráticos» se han visto arrinconados en el camino. Nos guste o no, estas agrupaciones se están proclamando a gritos como los auténticos representantes de las aspiraciones de la sociedad civil. Este proceso de volver a traer a primer plano en la sociedad civil una ideología religiosa totalitaria, excluyente y machista está apoyado y financiado por el Estado (Irán, India, Nepal, Indonesia y Sri Lanka) o bien ha adoptado la forma de grupos subterráneos metidos en una dinámica abierta de guerrilla (Filipinas, Indonesia, Pakistán). Ninguna de las contribuciones del libro ha examinado con seriedad el modo en que el fundamentalismo religioso ha ocupado con éxito el vacío político creado por la brusca salida del socialismo y también del nacionalismo⁵. El tema del fundamentalismo (religioso) es relevante para nuestro debate acerca de la sociedad civil al menos por dos motivos básicos. El primero, que todos estos grupos tienen una clara motivación ideológica, lo que nos lleva forzosamente a destacar la necesidad de una «ideología» o «principio organizativo» claro (Vallart: 1986; 117) para que los movimientos sociales en particular, y la sociedad civil en general, sean eficaces. El segundo, que estos grupos, y la organización fundamentalista hindú en India es un ejemplo extraordinario, no tienen escrúpulos a la hora de perseguir el poder político como uno de sus fines primordiales.

A la luz de lo expuesto, quisiera señalar algunas limitaciones del enfoque adoptado por el libro. La primera es la reticencia, aunque no compartida en igual medida por todos los autores, a afrontar la «incivilidad» de la sociedad civil (Chandhoke: 1995), es decir, la existencia de numerosos grupos dentro del espectro de la sociedad civil deseosos de secuestrar el proyecto democrático. Los musulmanes que proponen la *jihad*, los hindúes defensores fanáticos de una pasada edad de oro jerárquica y explotadora, o los cristianos evangélicos defensores de una descarada superioridad religiosa cristiana, no sólo reclaman un lugar de derecho en el seno de la sociedad civil, sino que se frotan las manos al apropiarse del radicalismo de los movimientos de izquierda de hace unos años, ridiculizado hoy por amplios sectores de la sociedad civil. En mi opinión, es ingenuo enfatizar la pluralidad de la sociedad civil sin exponer simultáneamente estos elementos «inciviles».

Mi segundo comentario está relacionado con el primero. Bajo el paraguas de la pluralidad, la heterogeneidad y la democracia se esconde lo que parece una reticencia a «nombrar al enemigo», una ansiedad por evitar la confrontación directa con él e incluso por actuar conforme a sus reglas.

⁵ Por razones de espacio no puedo ocuparme de esta ideología creativa y poderosa que sostuvo innumerables movimientos independentistas en Asia y África tras la II Guerra Mundial. No es descabellado asociar los movimientos fundamentalistas de hoy en día con las aspiraciones no colmadas de nuevas formas de «nacionalismo» y «construcción nacional».

Se nos dice que uno de los principios o características de la sociedad civil es la «autorregulación», esto es, «la noción de sociedad civil no es portadora de una nueva utopía originaria, ni asume el protagonismo de actores universales» (30). La ansiedad por deshacerse de los demonios homogeneizadores de regímenes militares o socialistas pasados ha provocado una permisividad que tolera la entrada de nuevos demonios (fundamentalismo, y el capital social transnacional) por la puerta trasera. Esta paradoja queda reflejada en una lógica confusa: por una parte, se cuestiona seriamente la capacidad de gobierno del Estado, y por otra, se parte de la premisa de que la existencia de la sociedad civil depende de las reglas que le impone el Estado. Términos como «clase» y «capitalismo» han sido exorcizados por completo de nuestro discurso. Sin embargo, me da la impresión de que es imposible describir los procesos socioeconómicos del mundo actual, y por supuesto de Asia e India, sin hacer referencia al surgimiento de una nueva clase media india que traspasa fronteras, se encuentra a gusto en inglés y en hindi (o tamil), es crecientemente insensible al sufrimiento y a la pobreza de los excluidos y ha combinado astutamente un feroz enfoque capitalista-consumista con la práctica de nuevas formas de religiosidad. Encuentro incluso más complejo comprender la omisión del término «capitalismo» para describir los estragos (ecológicos y humanos) que el capital internacional ha causado y sigue causando en la mayor parte del planeta. Es difícil hacer caso omiso de Gramsci y olvidar el papel desempeñado por poderosos sectores de la sociedad civil en la legitimación de un Estado opresor; es absurdo dar de lado a Gramsci y postular que una sociedad civil recién creada domesticará el Estado.

Esto es particularmente evidente en los comentarios críticos que hacen algunos autores acerca del sector de las ONG a los que hemos aludido más arriba. La experiencia del sector de las ONG en India, salvo excepciones, parece confirmar este diagnóstico pesimista. El cambio de dirección de la inmersión en movimientos populares a consultoría, de activismo a profesionalidad, de dependencia de los recursos de la gente a sobredependencia de la ayuda extranjera, del compromiso ideológico al «proyectismo» pragmático, son indicadores de que la heterogeneidad de la sociedad civil puede estar encubriendo elementos y fuerzas que erosionan la credibilidad del sector de las ONG al comprometerse en la crítica del sistema político existente y en el acompañar movimientos populares radicales.

Como ya he mencionado, la sección nuclear del libro sobre el papel de la sociedad civil para combatir la pobreza es decepcionante. Aunque la caracterización de la pobreza en sus nuevas dimensiones es correcta, el papel práctico desempeñado por la sociedad civil (y por los jesuitas en la sociedad civil) apenas ha sido esbozado. Una explicación de esta laguna puede ser la dificultad de llenar el vacío entre trabajar en un marco estatal establecido y desafiar el sistema dado. Si bien los colaboradores han aludido específicamente a la relación de la pobreza en la región con otros problemas (y estructuras) mayores, tales como los injustos mecanismos de regulación del comercio internacional y el flujo de capitales (OMC), el problema de la deuda externa (FMI) y el intento sistemático de cooptar el movimiento voluntario representado por ONG, ONGD y el Tercer Sector (Banco Mundial), hacen menos ruido al describir el papel concreto de la sociedad civil a la hora de plantar cara a estas estructuras internacionales injustas y no representativas políticamente. Asimismo se da una cierta inevitabilidad derivada quizás de una visible impotencia al tener que aceptar que determinados acuerdos de mercado no pueden ser cuestionados radicalmente por la sociedad civil. Es obvio que la institución del «mercado» es un componente necesario para cualquier grupo de comercio, pero las condiciones de su constitución y regulación no son ni absolutas ni dadas. El eslogan «actúa localmente, piensa globalmente» se ha convertido en un falso proveedor de esperanzas vacías. Da la impresión de que hemos aceptado sin rechistar nuestra incapacidad de actuar globalmente y pensar localmente.

Vienen al caso dos consideraciones finales. El desarrollo de identidades políticas «comunitarias» ha adquirido una importancia crucial a la hora de entender los cambios post-independencia en India (Appadurai: 1997; Mahajan: 1998; Chatterji: 1995). Se ha prestado una atención considerable a examinar la historia de los movimientos *dalit*, tribales y otros (Omvedt: 1993). Estos movimientos subalternos (en contraposición a los dominantes) se han esforzado por definir sus identidades dentro de la esfera política. El mayor cambio de los últimos veinte años ha sido la incorporación a la escena política india (incluida la política de partidos) de enormes masas de los antiguos intocables, tribales y otros grupos socialmente atrasados. Al romper con el modelo jerárquico de organización política y desarrollar una perspectiva horizontal, estos movimientos son, con todas sus limitaciones, ejemplos poderosos de la cercanía subyacente entre asuntos de derechos humanos, la fuerza y creatividad de los movimientos «populares» y un proyecto político inequívoco. En mi opinión, estas son tres características o criterios dinámicos del potencial transformador de algunos sectores de la sociedad civil.

En definitiva, no estoy seguro de que un concepto tan inútilmente polisémico, ambivalente y omnicomprendivo como el de sociedad civil pueda ser un instrumento intelectual práctico para analizar el momento presente y planificar nuestras estrategias para combatir la pobreza. Es válido hablar, tal y como hace el libro, sobre movimientos, asociaciones y vínculos populares (o subalternos) en distintos niveles. También es imprescindible, como sugiere el libro, acompañar el surgimiento y caída de muchos de estos movimientos e integrarnos en otros nuevos que emergen por doquier. En estos tiempos confusos, ante todo necesitamos honestidad para descubrir y denunciar la «incivilidad» de la sociedad civil y la auténtica identidad de los enemigos de los pobres. Puede que suene anticuado, pero estas líneas son un modesto intento de suscitar un interrogante final: ¿acaso no estaremos sufriendo las devastadoras consecuencias de la aceptación sin sentido crítico de la postmodernidad, el neoliberalismo y el neoculturalismo por parte de muchos intelectuales, comprometidos socialmente por lo demás?

BIBLIOGRAFÍA

- Appadurai A., *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalisation*, Delhi: Oxford University Press, 1997 [tr. esp. *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*, México: Trilce/Fondo de Cultura Económica, 2001].
- Bayart, J.F. (1986), «Civil Society in Africa», in Chabal, P. (ed) *Political Domination in Africa: Reflections on the Limits of Power*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Chandhoke, Neera (1995), *State and Civil Society: Explorations in Political Theory*, New Delhi: Sage.
- Chatterjee, Partha (1995), *The Nation and its Fragments*, Delhi: Oxford University Press.
- Mahajan, Gurpreet (1998), *Identities and Rights*, Delhi: Oxford University Press.
- Omvedt, Gail (1993), *Dalits and the Democratic Revolution: Dr Ambedkar and the Dalit Movement in Colonial India*, New Delhi: Sage.

Fernando Franco, S.J.
Indian Social Institute
10 Institutional Area, Lodi Road
New Delhi 110 003, INDIA

+91 11 4690 660 (fax)
<franco@unv.ernet.in>

Centro de Estudios Sociales
Apartado 1004
Santo Domingo
REPÚBLICA DOMINICANA

+1 809 6850 120 (fax)
<est.sociales@codetel.net.do>

Carta abierta a George W. Bush

Estimado Sr. Presidente:

8 de febrero de 2002

Mi nombre es John Dear y soy sacerdote jesuita, director de retiros y escritor. He pasado los últimos veinte años trabajando entre los pobres tanto aquí como en el extranjero, y denunciando la guerra y las armas nucleares. Recientemente he servido aquí en Nueva York, en el Centro de Asistencia a las Familias, como capellán de más de 1500 familiares que perdieron a sus seres queridos en el desastre del World Trade Center, y más de 500 agentes de policía, bomberos y trabajadores de rescate en la Zona Cero. También he trabajado como supervisor del programa «Atención Espiritual» de la Cruz Roja, ayudando a coordinar a más de 500 capellanes de todas las religiones.

Le escribo para pedirle que ponga fin inmediatamente el bombardeo de Afganistán, deje de preparar otras guerras, recorte el presupuesto del Pentágono drásticamente en lugar de aumentarlo, levante las sanciones contra Irak, deje de suministrar ayuda militar a Israel, detenga el apoyo estadounidense a la ocupación de Palestina, condone la deuda del Tercer Mundo, desmantele todo nuestro armamento de destrucción masiva, abandone sus planes de Escudo Antimisiles de Guerra de las Galaxias, se adhiera a la Corte Penal Internacional y al derecho internacional, y cierre nuestros propios campos de entrenamiento terrorista, empezando por la «Escuela de las Américas» de Fort Benning.

Siguiendo la tradición del Reverendo Martin Luther King, Jr y Dorothy Day, creo que la violencia como respuesta a la violencia sólo conduce a más violencia, que la guerra nunca podrá resolver nuestros problemas, que no existe tal cosa como una guerra justa, que Dios no bendice la guerra, y que estamos condenados a sufrir más atentados terroristas a consecuencia de nuestro militarismo y beligerancia en el mundo.

La única solución a estas crisis internacionales es vencer al mal con el bien, no con más mal. Ello significa que tenemos que ganarnos al mundo con amor no violento. Debemos cambiar el rumbo de nuestro país, dar de comer a cada niño y refugiado hambriento del planeta, erradicar la pobreza tanto de casa como del extranjero, detener todas las injusticias y la ayuda militar, crear una nueva política exterior no violenta que sirva a la humanidad y apoyar a los equipos internacionales no violentos pacificadores auspiciados por la ONU.

La violencia no sólo es inmoral e ilegal, es poco práctica a todas luces. Su violencia global está condenada al fracaso y conducirá a un mayor sufrimiento, ya que sólo provocará más hostilidad por el mundo.

En nombre del Dios de paz y compasión, por favor dé marcha atrás a su carrera de destrucción y diríjanos por un nuevo camino hacia una paz duradera con justicia para todos los pueblos del planeta.

He leído que Usted es cristiano. Permítame añadir que creo que Jesús no era violento, y que hablaba en serio cuando nos instaba a no bombardear a nuestros enemigos, sino a amarlos. Más aún, creo que eso significa que Dios es un Dios de paz y no violencia. Si quiere seguir a Jesús y adorar al Dios de paz, debe renunciar a esta guerra y emprender el camino del desarme, la justicia para los pobres y la salud de la humanidad. No puede servir al Dios de paz y a los falsos dioses de guerra al mismo tiempo.

Quiero que sepa que millones de personas como yo por todo el país seguiremos oponiéndonos a sus políticas y a sus guerras, y que consagraremos nuestras vidas al ejercicio de una resistencia positiva y no violenta a las guerras de EE.UU. Me dedico a viajar a tiempo completo por el país hablando a decenas de miles de estudiantes y fieles cada año, y me encuentro con muy poco apoyo a su guerra.

Seguiremos rezando por la paz, desfilando por la paz, manifestándonos por la paz, hablando alto por la paz, trabajando por la paz, proponiendo la paz, y resistiremos su empecinada oposición a la paz. Podría ahorrarnos muchas molestias y ahorrar más muerte por el mundo asumiendo una postura elevada, adoptando la visión de la no violencia, ejerciendo un auténtico liderazgo moral y encaminándonos por un nuevo sendero hacia un mundo sin guerra, hambre, pobreza, opresión o injusticia. Esa es la única forma de garantizar que no habrá más atentados terroristas. De esa manera, nos ayudará a ofrecer una vida de paz a las generaciones futuras.

Que el Dios de paz nos bendiga a todos.

Atentamente, P. John Dear, S.J.

<JohnDearSJ@msn.com> and <www.fatherjohndear.org>